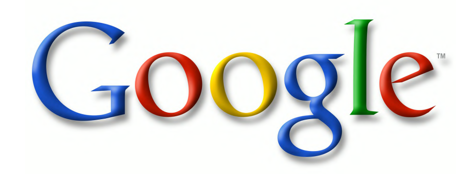








-1-

BIOGRAFIA

DEL

JENERAL SAN MARTIN

accompañada

DE UNA NOTICIA

DE SU ESTADO PRESENTE

Y OTROS DOCUMENTOS IMPORTANTES.



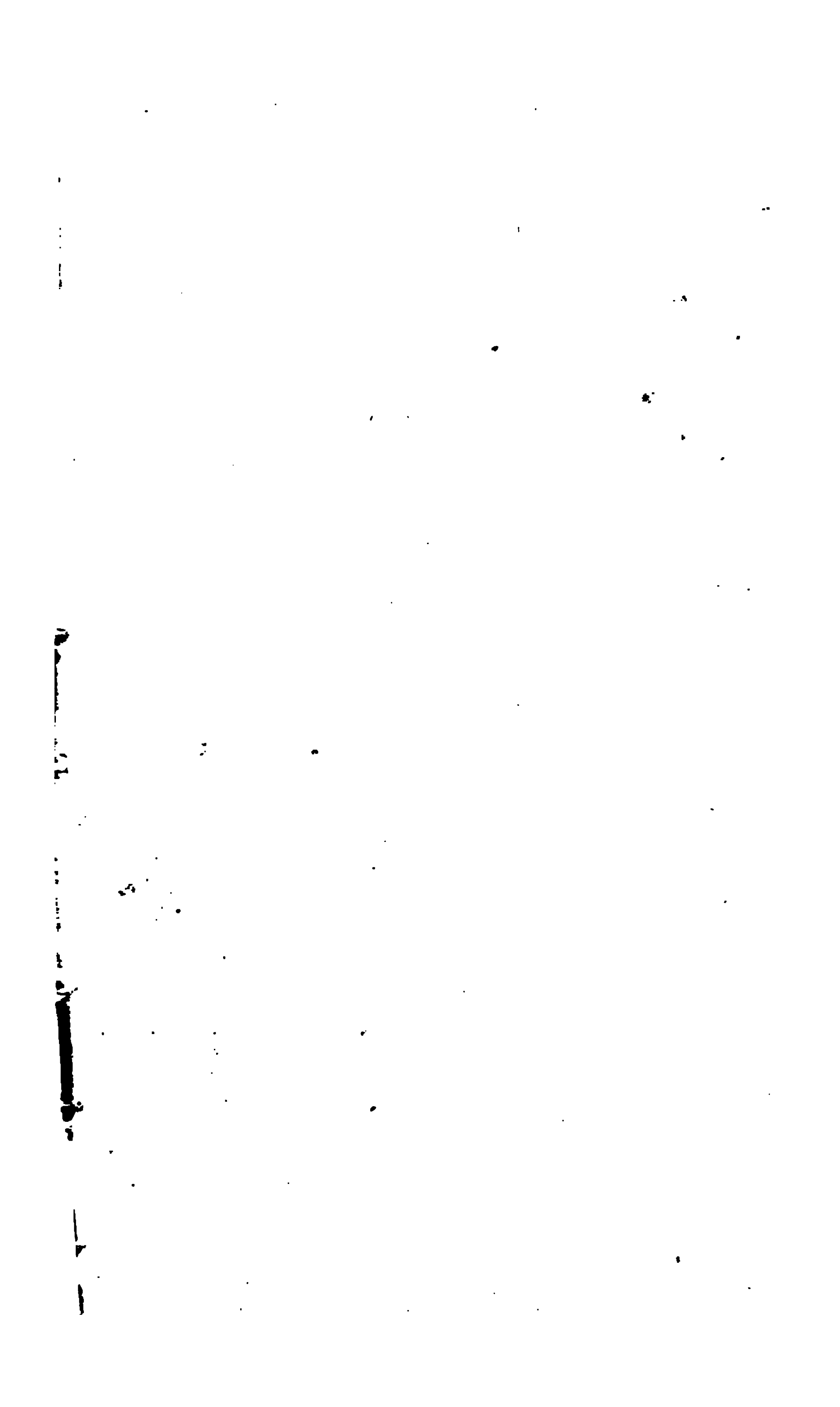
PARIS

IMPRENTA DE DUCESSOIS

55, QUAI DES AUGUSTINS.

—

1844





García del Río, Juan

BIOGRAFIA

DEL

JENERAL SAN MARTIN

acompañada

DE UNA NOTICIA

DE SU ESTADO PRESENTE,

Y OTROS DOCUMENTOS IMPORTANTES.



PARIS

IMPRENTA DE DUCESSOIS, 55, QUAI DES AUGUSTINS.

1844

EL EDITOR.

La casualidad ha puesto en mis manos la noticia biográfica que publicó en Londres en 1823 el Señor Dn Ricardo Gual y Jaen, y el manuscrito que por primera vez ve hoy la luz pública; referentes ambas piezas al ilustre general San Martin, uno de los pocos monumentos venerables que quedan de la Revolucion americana.

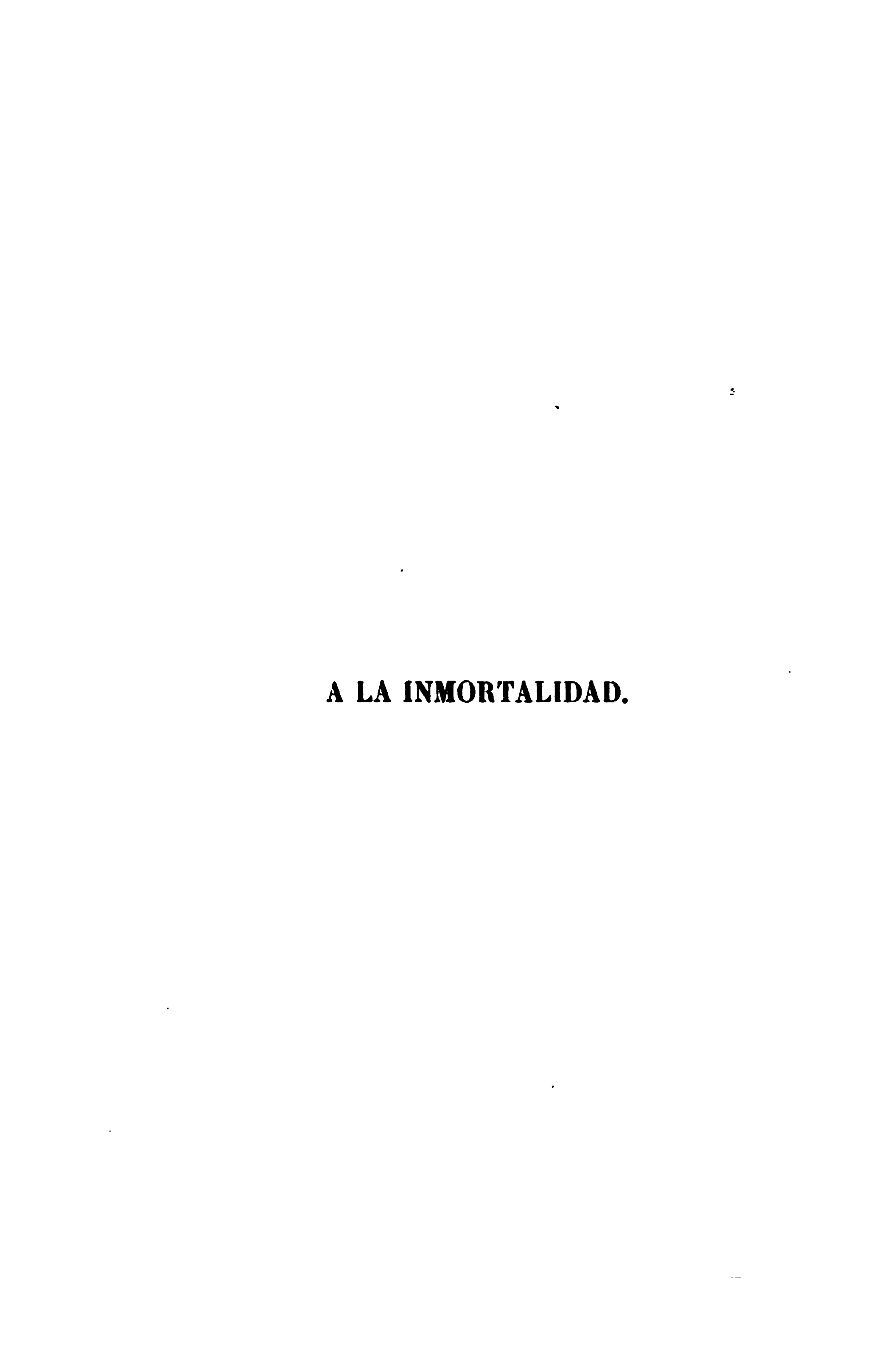
He creido, pues, conveniente reimprimir la primera, con la agregacion de la segunda, tanto por hacer conocer à los pueblos de América el estado actual de un guerrero à quien tanto le deben, cuanto por presentarles los rasgos caracteristicos de un patriota esclarecido, que no anheló otra cosa que la Independencia y prosperidad de Sud América.

BIOGRAFIA

DEL

JENERAL SAN MARTIN.





A LA INMORTALIDAD.

García del Río

EL

JENERAL SAN MARTIN.

> La gloire est plus solide après la calomnie,
> Et brille d'autant plus qu'elle s'en vit ternie.
>
> CORNEILLE.

Las acciones de los hombres, que han influido en el destino de los imperios, pertenecen á la historia; í si la adulacion í la calumnia, robándola su buril, se apresuran, por lo jeneral, á apoderarse de aquellas para retratar á medida de su conveniencia al héroe del dia, la verdad, por el contrario, aguarda siempre, para pronunciar sus oráculos, que este haya terminado su carrera física ó política.

El jeneral SAN MARTIN ha prestado à la causa de la independencia del nuevo mundo servicios eminentes; ha cesado de ecsistir para el público; í aquí

era donde la imparcialidad le aguardaba para fallar sobre su mérito.

Nació D^{n}. José de San Martin por los años de 1778, en Yapeyu, pueblo de las *Misiones del Paraguay*, siendo su padre gobernador de aquella provincia. Pasó con su familia á España, de edad de ocho años, para educarse; i destinado luego á la carrera militar, fué admitido en el Colejio de Nobles de Madrid: distincion que no se prodigaba mucho en la Península, especialmente respecto de la juventud americana.

Sirvió en los ejércitos españoles en la guerra que se declaró contra la Francia durante su revolucion; i se hallaba en Cadiz de Edecan del Marqués de la Solana, que le apreciaba sobremanera, i le trataba con la última intimidad, cuando este jeneral fué asesinado por el populacho gaditano el 30 de Mayo de 1808. En aquella ocasion confundieron á San Martin con La Solana, à causa de la semejanza personal que entre ambos habia; i poco faltó para que fuese victima de semejante error.

Una vez que alzaron los Españoles el grito de independencia, i comenzaron la guerra contra Napoleon, acudió San Martin á la defensa de lo que entonces podia llamarse su patria; i se halló en la

memorable jornada de Bailen, donde se distinguió en términos de atraer la atencion del jeneral en jefe D. Francisco Javier Castaños, i de ser citado su nombre con elojio en los papeles públicos. Continuó sus servicios en varias campañas de la Península, á las órdenes de los jenerales Romana, Coupigny, i del ilustre Wellington; destinado alternativamente con el grado de teniente coronel en los ejércitos de Andalucía, Centro, Estremadura, i Portugal, hasta que rayando la aurora de la rejeneracion en el continente americano, creyó que la voz de su tierra nativa invocaba en su aucsilio esos mismos servicios, que él estaba prodigando á los opresores de ella. No estuvo sordo á ese llamamiento imperioso; i abandonando á fines de 1811, las ominosas banderas que seguía, pasó á Inglaterra : des pues de una corta residencia en este pais, se trasladó de las márjenes del Támesis á las del Rio de la Plata, en la fragata Jorje Canning.

Inmediatamente depues de su llegada á Buenos Aires, se dió á conocer; i avaluadas con justicia por el gobierno su pericia militar i su zelo; presentido, por decirlo así, su jenio, se le confió el mando de un escuadron de caballería, que él debia crear. Los resultados escedieron mui luego á las esperanzas que

se habian concebido; i el teson incesante que desde tan temprano mostró en el lleno de sus deberes, la severa disciplina i el estricto método que introdujo en su cuerpo de GRANADEROS A CABALLO, al paso que ofrecieron un saludable ejemplo, no eran sino débiles indicíos de lo que era capaz su bien organizada cabeza.

Un año habia trascurrido desde que pisó las playas arjentinas, cuando se le presentó la ocasion de desplegar su valor i sus conocimientos militares. Destinado por el gobierno á impedir el desembarco de quinientos hombres, que el gobernador español de Montevideo intentó hacer en San Lorenzo, por el caudaloso Paraná, obtuvo de ellos la mas señalada victoria; atacándolos por sorpresa con solo ciento cincuenta de sus *Granaderos*, sable en mano, i sin aguardar á la infantería i la artillería, que debian componer la division: el choque fué sangriento, i tan caro el triunfo, que le compró SAN MARTIN á precio de varias heridas que su arrojo le hizo recibir. De resultas de tan heróica accion, fué ascendido á coronel.

Nombrado en seguida jeneral en jefe del ejército que obraba en el Alto Perú contra las fuerzas del virey de Lima, todo cuanto pudo hacer en el estado

en que encontró las reliquias de aquel ejército despues de las desgraciadas jornadas de Vilcapujio í Ayouma, fué impedír que se aprovechasen los enemigos de las ventajas que les daban sus victorías í superioridad numérica. Su presencia í su nombre reanimaron el espíritu abatido del soldado, é infundieron respeto al vencedor. Pero quebrantada su salud por sus incesantes í laboriosas taréas bajo el clima mortífero del país, que era el teatro de la guerra, hubo de retirarse del mando del ejército; í despues de restablecerse un poco en Córdoba, pasó á tomar el de la provincia de Cuyo; punto mui interesante en aquellas círcunstancias.

La ciudad de Mendoza, capital de la intendencia de Cuyo, no olvidará jamas los trabajos de San Martin, ni el esmero con que se dedicó á hacerla florecer. A impulsos de su actividad í de su zelo, se jeneralizó la instruccion í disciplina militar en todos los cuerpos de milicías; se puso la provincia en brillante estado de defensa; se arreglaron todos los ramos de la administracion pública; se embellecíó la ciudad, í prosperó la comarca. A él se debe la construccion de un canal del rio Tunuyan, que ha hecho cultivable una llanura de muchas leguas cuadradas, en donde fundó una poblacion conocida con

el nombre de *Ciudad Nueva*, distante catorce leguas de Mendoza.

Lamentable era la situacion de toda América en la época en que SAN MARTIN estaba al frente de la intendencia de Cuyo. La Península estaba libre de sus invasores, i Fernando VII restituido á un trono de que era indigno; Nueva España pacificada en su mayor parte por la artería i el poder de Apodaca; Venezuela i Cundinamarca jimiendo bajo el peso de las fuerzas i los crímenes de Morillo; Chile oprimido por Osorio, i por su sucesor Marcó; Montevidéo en poder de los Portugueses, que con la mayor iniquidad se habian posesionado de aquella importante plaza; el Paraguay separado de las demas provincias que con él compusieron el antiguo vireynato de Buenos Aires; i el Alto Perú dominado por las tropas realistas en consecuencia de la malhadada accion de Sipesipe. En tal estado, Buenos Aires la heróica luchaba sola con su constancia; i á cada instante se aguardaba que, conforme á las instrucciones del virey de Lima, atacase á Cuyo Marcó, al paso que avanzaban las fuerzas del Perú á las órdenes del jeneral Pezuela.

Mas cuando á la sazon parecía aniquilada i confundida la América, se presentan en la escena

dos jenios tutelares, dos varones estraordinarios, que bajo muchos respectos se prestan á un hermoso paralelo. BOLIVAR í SAN MARTIN lanzan á un tiempo en los Cayos í en Mendoza el grito de LIBERTAD; í recíprocamente se envian este grito, á traves del Ecuador, desde las faldas Orientales de los Andes á las bocas del Orinoco.

No puede apreciarse jamas debidamente en Europa el mérito verdadero de los campeones de la independencia Americana; por que no se tiene idéa de las dificultades de todo jénero con que han tenido qne luchar. Apénas se concibe, en efecto, ni aún por los mismos que han sido testigos oculares, como ha creado SAN MARTIN, de la nada por decirlo así, en una provincia pobre, í en el estado en que acabamos de describir á las del Rio de la Plata, el ejército que dió la libertad á Chile : solo su jenio, su infatigable empeño, su fecunda imajinacion, podian haber levantado í sostenido allí una fuerza, engañado al enemigo *, í trepado casi á su vista la

* Como los Españoles tenian en Chile un ejército de ocho mil hombres perfectamente disciplinados, era necesario hacerles dividir sus fuerzas para no ser completamente aniquilado por ellas. Asi fué que, premeditando el jeneral SAN MARTIN atacar á Chile por el norte, le convenia hacer creer á Marcó que pensaba acometer por el sur, para que destacase allí una parte de sus tropas : al

elevada cordillera de los Andes. Por fortuna escribimos este artículo en una época, en que el ilustre Humboldt ha revelado al mundo el aspecto físico de América; i así no parecerá aventurado cuando aseguremos que nada presenta la historia comparable al paso de los Andes por el jeneral SAN MARTIN: no merecen ciertamente entrar en paralelo el de los Alpes i el del San Bernardo por Aníbal i Napoleon.

A la cabeza de tres mil hombres, i sostenido por el intrépido O'HIGGINS, salvó SAN MARTIN aquellas montañas, atónitas sin duda de sentir sobre sí por primera vez el peso de la artillería : despues de una marcha penosísima, en que era necesario conducirlo todo consigo, hasta el alimento para los animales; i en que el ejército arjentino, á pesar de

---

efecto, i conociendo mui bien el carácter de los Indios Pehuenches (incapazes de guardar un secreto desde el momento en què se les manifiesta la necesidad de ello, i se pone á precio de dinero su revelacion), convocó á sus principales caciques; les indicó en una conferencia reservada su designio de atacar á Chile por el camino del Planchon, i les regaló magnificamente para que le concediesen paso por su territorio, i guardasen el mas profundo sijilo para con Marcó acerca de su proyecto. Aceptaron los Indios sus presentes; ofrecieron todo cuanto SAN MARTIN solicitó de ellos; i en el momento vendieron el aviso á Marcó, quien, sabrosamente engañado así por su enemigo, destinó al sur una parte de su fuerza, i facilitó el triunfo de Chacabuco, i la libertad de Chile.

todas las precauciones tomadas, i de ser aquella la estacion mas ardiente, corrió grande riesgo de ser acabado por la intemperie; se avistó el enemigo, reposado i superior en número, en la cuesta de Chacabuco, el 12 de Febrero de 1817 *. Pocas acciones han sido mas sangrientas con proporcion á las fuerzas contendientes : no quedaba alternativa á los arjentinos entre la victoria i la muerte; nadie podia escaparse si la batalla se perdia. Así fué que, combatiendo con el doble aliento que inspiran el amor de la patria i la desesperacion, en un instante lo arrollaron todo. El jeneral Marqueli, que comandaba la infantería española, quedó tendido en el campo entre centenares de los suyos; la capital de Chile fué libre aquella misma noche; todo el pais, con escepcion de Talcahuano adonde se refujiaron los restos de los vencidos, se vió otra vez en posesion de sus derechos; i prisionero el que antes se los tenia usurpados, el afeminado Marcó.

* Tan poco probable creyó el jeneral SAN MARTIN que los enemigos dejasen de atacarle en el paso de las gargantas del O. de la cordillera, i tan grande fué su prevision para en caso de una derrota, que de antemano habia hecho provision considerable de víveres i aguada; i lo depositó todo con el mayor sijilo en los distintos puntos, en donde pudieran necesitar las tropas de refresco.

En los trasportes de su alborozo i gratitud, el pueblo chileno ofreció con instancia el mando supremo al jeneral San Martin, quien por tres vezes lo renunció, indicando al mismo tiempo que nadie era mas digno de aquel elevado puesto que D. Bernardo O'Higgins. Revestido este ilustre guerrero de la primera majistratura del Estado por el nombramiento unánime de los ciudadanos, regresó inmediatamente á Buenos-Aires el jeneral San Martin, para combinar con su gobierno los medios de efectuar la espedicion al Perú; en tanto que el de Chile enviaba ajentes á Inglaterra i á los Estados Unidos para proporcionarse buques, que, disputando á la marina española el dominio del Pacífico, allanára el paso para llevar la libertad á los hijos del Sol.

Mas el virey Pezuela, que no consideraba segura su dominacion, ni bien remachadas las cadenas de los Peruvianos mientras ecsistiesen pueblos en el continente que hubiesen destrozado las suyas, envió á Chile á principios de 1818 un ejército de cinco mil hombres, al mando del jeneral Osorio. Desembarcó este en Talcahuano; i aumentando su fuerza con la que sostenia aquella inespugnable fortaleza, se puso al punto en marcha sobre la capital, lisonjeándose de sojuzgar aquel hermoso pais

con la facilidad que en 1814 le prestaron sus disensiones civiles; i sin que bastase á desengañarle acerca de la desemejanza entre ambas épocas el noble desafío hecho á su vista por la libertad al despotismo, en el acto de proclamar Chile solemnemente su independencia el 12 de Febrero de 1818.

Avistáronse en las inmediaciones de Talca, la tarde del 19 de Marzo, el ejército unido, mandado por San Martin i O'Higgins, i el español, por Osorio; el primero en número de nueve mil hombres, i el segundo de siete mil. No atreviendose el jeneral castellano á medir sus fuerzas con las de los independientes á la claridad del dia, quiso tentar lo que podria hacer á favor da las sombras de la noche; i traicionando entónces la fortuna al jenio i al valor, se dispersó casi todo el ejército patriota, sin haber sido vencido.

Salvóse, por ventura, de esta catástrofe, i á fuerza de zelo i de coraje, el ala derecha, que mandaba el jeneral Las Heras; i venciendo todas las dificultades que se le presentaban, efectuó en orden su retirada hasta las inmediaciones de la capital, distante mas de ochenta leguas del teatro de la desgracia, que puso á Chile en tan inminente peligro.

No parece sino que la Providencia quiso probar

con aquel contraste si los Chilenos eran dignos de ser libres, i SAN MARTIN de la alta glória á que era llamado. Cancha-Rayada fué la piedra de toque de las virtudes cívicas i del verdadero mérito. Lejos de desesperar SAN MARTIN de la salud de la patria, ó de abatirse por tan inesperado reves, parece que su alma recibió un temple mas enérjico. Vuela á Santiago; restablece la confianza pública; reorganiza las tropas; i á los quince dias se presenta en el llano de Maipo, á tres leguas de la capital, ante su orgulloso enemigo, con un ejército de cinco mil hombres, cuya moral se habria viciado bajo otro jefe, i combatiendo por otra causa. El de Osorio contaba mas de seis mil soldados escojidos.

Comenzó el tirotéo el 5 de Abril de 1818, á las seis de la mañana; i empeñándose mas i mas la accion, llegó á ser jeneral á la una i media. De ambas partes se combatió con obstinacion i valor; mas al fin triunfó la causa de la justicia; i el ejército Español fué completamente derrotado, sin que se escapasen de ser muertos ó prisioneros mas de setenta i tres hombres, que, con su jeneral Osorio, huyeron á ocultar su vergüensa detrás de las murallas de Talcahuano.

Esta batalla hizo temblar al visir de Lima en su

palacio; i su influencia en los destinos de América es demasiado notoria. En Maipo se selló la independencia de Chile i Buenos-Aires con la sangre de sus heróicos hijos; allí se pusieron los fundamentos de la libertad del Perú; i se puede decir que se resolvió para todo el nuevo mundo el problema de si debia prevalecer la causa del honor ó la del envilecimiento, de la ecsistencia política ó de la nulidad, de la felicidad ó de la desgracia.

Convencido aún mas el jeneral San Martin por la reciente invasion de Chile, así de la obstinacion del virey de Lima en sojuzgarle, como de la poca estabilidad que presentaba la independencia de América mientras no se trasladase al Perú el teatro de la guerra, pasó á Buenos-Aires despues de la victoria de Maipo, para facilitar los medios de realizar la espedicion deseada. El estado de la cordillera i el de su salud no le permitieron regresar á Chile hasta fines de Octubre del mismo año.

Creada ya por este tiempo una marina en aquel pais, i apresada por su contra-almirante D. Manuel Blanco, en Talcahuano, el 28 de Octubre, la fragata de guerra española Maria Isabel, junto con la mayor parte de los trasportes que, bajo su convoi, habian salido de Cadiz para el Callao en el mes de Mayo

anterior; se confió el mando de la escuadra chilena al Honorable Lord Cochrane, que acababa de llegar allí; í se le destinó á atacar las fuerzas navales del Rei de España, surtas en la bahía del Callao. La destruccion de estas se consideraba necesaria para efectuar la espedicion libertadora; í como todo no estaba todavía pronto para ella, í el tesoro de Chile ademas se hallaba esausto por tantos í tan repetidos esfuerzos, emprendió el infatigable SAN MARTIN otro viaje á Buenos-Aires, en Febrero de 1819.

Tres objetos le llevaban á aquella ciudad; primero, las reiteradas invitaciones del gobierno, que, noticioso, de los grandes aprestos que se hacian en Cadiz para enviar contra el Rio de la Plata un ejército de veinte mil hombres á las ordenes del Conde del Abisbal, reclamaba la presencia del mas ilustre de sus guerreros para dirijir la defensa del pais en la formidable invasion que amenazaba: segundo, sus propios deseos de interponer su influencia para terminar la funesta division, que ecsistia entre el mismo gobierno í el desmoralizado Artígas, efectuando una reconciliacion saludable: tercero, obtener numerario para realizar la espedicion al Perú.

Mas no pudo verificar su viaje, por que, informado de él José Miguel Carrera, que infestaba la

campaña á la cabeza de los facciosos que destrozaban el pais, aguardó á SAN MARTIN en el Sauce para aprenderle i sacrificarle á sus furores. En efecto, si este jeneral hubiera avanzado algunas leguas mas, habria sido victima de aquel malvado; pero la Providencia le tenia reservado para mas altos hechos; i permitiendo que fuese afortunadamente instruido del lazo que se le armaba, regresó SAN MARTIN á Mendoza con ánimo de pasar á Chile, si el aspecto de las cosas en las Provincias del Rio de la Plata no le permitia ejecutar sus proyectos.

Detenido en aquella ciudad por el lastismoso estado de desorden, en que continuó envuelto el pais, i deteriorada su salud, no pudo en largo tiempo ni volver á Chile, ni seguir á Buenos-Aires. Su situacion era entonces de lo mas insoportable i angustiado: el gobierno de Chile instaba para que fuese á tomar el mando de la espedicion al Perú, i ofrecia vencer toda clase de obstáculos para llevarla á efecto: el de Buenos-Aires ecsijia que avanzase con la division del ejército de los Andes que habia venido á Mendoza, no ya para repeler la agresion española (disipada por los sucesos ocurridos en el Puerto de Santa Maria en Julio de 1819), sino para emplearla contra los facciosos, i evitar las calamidades con

que amagaba el incremento de la desorganizacion jeneral. Si SAN MARTIN obedecia al gobierno de Buenos-Aires, era probable que cundiese á sus tropas mismas la corrupcion, que sembraban lor anarquistas con su modo licencioso de hacer la guerra; í ademas, debilitado Chile, í abandonadas las provincias confinantes con el Perú por el ejército del jeneral BELGRANO, que, en virtud de las ordenes del gobierno de Buenos-Aires, marchaba ya en aucsilio de este, era de temer que el virey de Lima se aprovechase de tales circunstancias, í volviese á amenazar la independencia de aquellos dos Estados. No quedaba alternativa agradable al jeneral SAN MARTIN en esta crisis de la América: ú obedecía, í empleando la fuerza de su mando en la guerra civil, la esponia á una disolucion completa, í dejaba á Pezuela en aptitud de desenvolver sus inmensos recursos; ó negaba la obediencia, í pasaba á Chile para dirijir sus esfuerzos contra el enemigo comun, atacandole en el centro mismo de su poder. La eleccion era arriesgada; pero no dudosa para quien no reconocia otro movil de sus acciones que el bien jeneral, í así se resolvió SAN MARTIN á *desobedecer*, í emprender la espedicion al Perú, tomando sobre sí una responsabilidad enorme, í obligándose á responder con los

sucesos á su patria, i á la gran familia americana. Pasó á Chile en Enero de 1820, en angarillas, por el mal estado de su salud; i dió orden para que le siguiese la division que estaba en Mendoza.

Los acaecimientos no tardaron en manifestar cuan acertada habia sido su resolucion. Apenas hubo traspuesto los Andes, cuando se sintieron los efectos de la corrupcion diseminada por los ajentes de la anarquía. El ejército del jeneral BELGRANO se amotina, le depone, i casi se disuelve: el escuadron número 1 de cazadores de los Andes, el mejor cuerpo, la gloria de la division de Mendoza, i aún del ejército arjentino, se subleva, i priva á la Patria de mil soldados veteranos. Manifestóse entonces de un modo indudable la necesidad de alejar el resto de las fuerzas de la influencia del contajio; i ejercitando su zelo i su prudencia, consiguió salvar dos mil hombres el jeneral D. RUDESINDO ALVARADO, i conducirlos á Chile.

En estas circunstancias fué cuando, ocupada Buenos-Aires momentáneamente por los anarquistas, i disuelto el gobierno jeneral de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, del cual emanaba la autoridad de SAN MARTIN, hizo este dimision de ella en Rancágua, en junta de todos los oficiales del ejér-

cito arjentino; i por unánime aclamacion fué nombrado de nuevo jeneral en jefe, cuyo cargo solo aceptó forzado, i bajo la espresa condicion de que se habia de marchar al Perú.

Vencidas, al fin, por los esfuerzos simultáneos del Gobierno de Chile, de San Martin, i de ciudadanos jenerosos, que todo lo sacrificaron en las aras de la patria, las dificultades que se presentaban para semejante empresa; i nombrado aquel caudillo por el gobierno chileno jeneralisímo del *ejército unido libertador del Perú*, zarpó de Valparaiso el 20 de Agosto de 1820, teniendo á sus órdenes al Honorable Lord Cochrane, comandante de las fuerzas navales.

Asombran igualmente la confianza manifestada por las tropas en su jefe, i el arrojo de este en ir á atacar con tres mil i setecientos hombres un pais, defendido por mas de veinte mil, i por el hábito de obedecer. Él contaba, sin embargo, con un ejército en la opinion pública del Perú; i al pisar las playas de Pisco el 8 de Setiembre, vaciló en su silla el visir de Lima.

Bien penetrado el jeneral San Martin de la importancia del depósito que se le habia confiado, i de la vasta responsabilidad que tenia contraida con la América, resolvió aventurar mui poco, i dejar obrar á la política de un modo mas lento, pero tambien

mas seguro. La consideracion del estado en que se encontraban las Provincias del Rio de la Plata; el temor de que aquel pudiera estenderse á Chile en caso de sufrir algun reves el ejército libertador; la certeza de que no tardaria en detornar el patriotismo de los Peruvianos; su confianza en la inhabilidad de España para enviar refuerzos al Pacífico; la probabilidad de que mejorase cada dia mas el aspecto de Colombia, y le permitiera apoyarse en aquel estado para sus operaciones; la superioridad de sus fuerzas navales (aumentadas con el brillante apresamiento de la fragata de guerra Esmeralda, sacada á viva fuerza de la línea española por el Honorable Lord Cochrane bajo los fuegos del Callao), que le daba grande movilidad para acometer al enemigo en donde quiera que lo juzgase oportuno; todo esto le justificaba, i le confirmaba en su resolucion de no desviarse del plan adoptado. Así fué que se contentó con destacar desde Pisco una division que, al mando del jeneral Arenales, penetrase acia la Sierra, i pusiese aquellas provincias en insurreccion; en tanto que él se reembarcó con el resto de sus fuerzas, i fué á fondear en frente del Callao para imponer respeto á Pezuela, é impedir que Arenales fuese atacado. Conseguido ya su objeto, desembarcó en

Huacho, cuarenta leguas al norte de la capital, i fijó su cuartel jeneral en Huaura.

Aunque firme en su propósito de hostilizar parcialmente al enemigo, i de dar tiempo á que se aumentase su fuerza física i moral, no por eso dejó de sacar las ventajas posibles del conocido valor i la reputacion de sus tropas; i estas, dociles á su voz, correspondieron á lo que de ellas se aguardaba, batiendo á su enemigo en las acciones de Ica, la Nasca, Acarí, Chanquillo, Mayoc, Huancayo, i sobre todo en la memorable jornada de Pasco, en que el jeneral Arenales derrotó al brigadier O'Reilly completamente en el cerro de Pasco el 6 de Diciembre, i le hizo prisionero.

A la sola noticia del desembarco de San Martin en las costas del Perú, levantan el grito de la independencia provincias considerables i partidos populosos. Huancavelica, Huamanga, Jauja, Tarma, Huanico i Huáilas proclaman su libertad luego que se aprocsiman las tropas deseadas: Trujillo, Huamalies, Guayaquil, Loja i Cuenca, acaudillados por Torre Tagle i por otros patriotas distinguidos, se segregan de la causa de los déspotas. Centenares de soldados, i aún de oficiales, desertan las banderas del rei de España; y el batallon entero de Numancia, abando-

nando las filas dela tiranía, dió el 3 de Diciembre un dia de gloria á Colombia, su patria, i de placer á la aflijida humanidad.

A vista de los rápidos progresos de San Martin, descontentos los jefes del ejército español con la administracion del virey Pezuela, le deponen violentamente el 29 de Enero de 1820, i confieren el mando supremo al jeneral La Serna.

En estas circunstancias, llegó al Perú el capitan de fragata D. Manuel Abréu, comisionado por el monarca constitucional de España para conciliar las diferencias con Chile; i á consecuencia de negociaciones entabladas, i de un armisticio celebrado, tuvieron los jenerales San Martin i La Serna una entrevista en Punchauca el 2 de Junio; acompañados uno i otro de los negociadores de sus primeros oficiales jenerales.

Hará honor eterno á San Martin su conducta en aquella conferencia memorable, en que, desplegando toda la superioridad de su jenio y de su alma, peroró con la elegante simplicidad, que tan bien se une con el pensar vigoroso, i con el calor del sentimiento. Inspirado por el amor puro de la humanidad, propuso al jeneral La Serna que se proclamase de comun acuerdo la independencia del Perú; quese

formára una rejencia, ó gobierno provisorio, compuesto de personas de ambos partidos que mereciesen la confianza pública; que se nombrasen enviados por una i otra parte que pasáran á la Península á esponer á S. M. C. el estado del Perú, i los poderosos motivos que habian impelido á tomar aquella determinacion; i ofreciendo con una magnanimidad nada comun, que, para evitar toda causa de disgusto i de rezelo, él mismo pasaria á Madrid como uno de los enviados para negociar la paz con aquella corte sobre la base de la independencia. Tan racional era su plan, tan convincentes sus argumentos, que asistieron al proyecto los jenerales La Serna i Canterac; i la humanidad se sonrió cuando, al terminarse la conferencia, prometieron estos dos jefes emplear todo su influjo i su poder para que el ejército i las distintas corporaciones de la capital concurriesen á la proclamacion de la independencia. Por desgracia, se frustró tan hermoso plan; i aunque es necesario hacer á los jenerales La Serna i Canterac la justicia de creer que fueron sinceros en sus promesas é intenciones, ellos encontraron en los jefes de su ejército la mas decidida oposicion, i descubrieron, aunque tarde, que una vez enseñado el militar á trastornar las autoridades, i á juzgar de asuntos que no le in-

incumben, no es facil asignar término á su inquietud i aspiraciones.

Perdida así la ocasion de dar la paz al Perú, continuaron las operaciones militares; i encontrándose los realistas estrechados en la capital, confundidos por las maniobras de SAN MARTIN, i con la opinion pública pronunciada contra ellos, la abandonaron, retirándose á las provincias de la Sierra, i dejando guarnecidos los inespugnables castillos del Callao.

Lo primero que debió consultar el jeneral SAN MARTIN, luego que entró triunfante en Lima el 13 de Julio, fué el establecimiento de un gobierno vigoroso, que, al mismo tiempo que poseyéra los medios de proseguir la guerra contra el enemigo esterior, conciliase la opinion jeneral, acallára el clamor de las facciones, é impidiese el asomo de la anarquía, temible especialmente en la transicion repentina que hacen los pueblos de un estado á otro. En virtud, pues, de la imperiosa fuerza de las circunstancias, sofocó sus inclinaciones privadas; i revistiendose de la filosofía necesaria para menospreciar los tiros de la calumnia i la maledicencia, declaró, por su decreto de 3 de Agosto, reunidos en su persona el supremo mando político i militar de los departementos libres de Perú, hasta la convo-

cacion del soberano Congreso Nacional. Su determi nacion fué aceptada por todos aquellos que de veras amaban su patria; i desde entonces se dedicó á organizar los distintos ramos de la administracion, i hacer gustar prácticamente á los pueblos el beneficio de su emancipacion.

Apenas habia un mes que estaba consagrado á estas importantes taréas, cuando volvieron los enemigos de la Sierra en número de cuatro mil hombres, alucinados por la esperanza de recobrar la capital. San Martin les aguardó con resolucion fuera de las puertas de Lima; i dió una nueva prueba de que el jenio se manifiesta no solo por el buen ecsito, sino por los medios que se emplean para obtenerlo. Sin provocar las vicisitudes de la fortuna, consiguió todas las ventajas que podia prometerse de la mas completa victoria, obligando á Canterac á retirarse precipitadamente ácia los lugares de donde habia venido, haciéndole perder en la fuga la mitad de sus fuerzas, i abandonar los castillos del Callao, que capitularon el 21 de Setiembre, i vieron tremolar por primera vez el pabellon Peruviano.

Luego que se hubo disipado la tempestad que asomó en el horizonte, dió San Martin al mundo el

espectáculo sublime de poner freno él mismo á su poder, presentando al Perú el 8 de Octubre un código, que, aunque provisorio, fijaba los límites de la autoritad í los de la obediencia, í aseguraba á todos los ciudadanos el goze de sus mas preciosos derechos, sin lizonjearlos, no obstante, con espléndidas é inaplicables teorías. Tambien instituyó el mismo dia la ORDEN DEL SOL; condecoracion venerable destinada á recompensar el mérito de los libertadores del Perú, í digna ciertamente por los grandiosos hechos, que recuerda, del respeto í la gratitud de cuantos se interesan en la causa de la humanidad.

Poco despues delegó el mando político en el ilustre Marques de Torre Tagle, con el doble objeto de contraerse mas á la organizacion í disciplina del ejército, í de tener una entrevista con el jeneral BOLIVAR, para combinar con él los medios de poner fin á la guerra, í estrechar mas las relaciones entre Colombia í el Perú. Aquella entrevista no pudo tener lugar tan pronto como se deseaba, en razon de las respectivas operaciones de ambos jefes; pero al cabo, el 25 de Julio de 1822, vió reunidos en las márjenes del Rio de Guayaquil á los dos jenios, que, lanzándose desde las riberas del Rio de la Plata í del Orinoco, habian conducido á la libertad en

triunfo por la mayor parte de la América meridional.

El resultado de la conferencia fué tan lisonjero, como ella habia sido cordial; i al regresar SAN MARTIN al Callao, le siguieron tres mil soldados aguerridos con que el Libertador de Colombia retornaba el aucsilio, que el del Perú le habia facilitado para la campaña de Quito.

El 19 de Agosto entró SAN MARTIN en Lima, volvió á tomar el mando supremo, i dispuso que dentro de pocos dias saliese el jeneral ALVARADO con cuatro mil i quinientos hombres escojidos para libertar las provincias de Arequipa i Alto Perú; en tanto que el jeneral Arenales, á la cabeza de seis mil i quinientos veteranos, marchaba á desalojar á los enemigos de la Sierra. Tomadas estas medidas, que ponian á salvo la independencia, é instalado el primer congreso del Perú, coronó SAN MARTIN sus glorias descendiendo de la elevacion de su grandeza: consecuente á su promesa, hizo dimision del mando el 20 de Setiembre en manos de los Representantes de la nacion; i con un desprendimiento i virtud cívica propios de él, se resistió á admitir el nombramiento, que le brindó el Congreso por medio de una diputacion de su mismo seno, del

mando en jefe del ejército; resuelto á alejarse del teatro de su heroismo, i á dejar libres á los pueblos de los temores que pudiera causarles la presencia de un guerrero afortunado. El ha llegado á Valparaiso; i probablemente pasará luego á Mendoza, ciudad que le debe el ser, i que hace muchos años tiene elejida San Martin para disfrutar en ella de las dulzuras de la vida privada i doméstica.

Así ha concluido su carrera pública el salvador de las Provincias del Rio de la Plata; el Libertador de Chile; el que arrancó á los Españoles el estandarte que enarbolaba Pizarro cuando destruyó el imperio de los Incas; el defensor de América. La calumnia ha empleado en él sus tiros; empero la posteridad, siempre justa, le asignará el lugar que le corresponde entre los ilustres bienhechores de la humanidad. Despues de haber escrito San Martin sus acciones heróicas en el libro del tiempo con la punta de su espada; despues de haber estampado á todas sus taréas administrativas el sello de la filantropía i de la razon; despues de haber vivido como Cincinato i Washington, tan solo le faltaba, para ser en todo digno rival de estos clarísimos varones, descender, como ellos, á la vida privada... ¡ I YA LO HIZO!!

Tal ha sido D. José de San Martin. Eminente patriota, gran capitan, político ilustrado, con una mäno rechazaba el despotismo, con otra planteaba establecimientos útiles : no desdeñaba la compañia de Minerva por que siguiese à Marte; antes bien, amante i protector de las ciencias i de la letras, ha procurado erijir en aquellas rejiones un trono á la sabiduría. Su imajinacion no conoce obstáculos, ni tampoco límites, en su estension: su jenio tiene una actividad devoradora, que le hacia ser minucioso en el desempeño de sus deberes, i mui vijilante con sus subalternos. Prudente, modesto *, parco, afable en la sociedad, i aún en el mando, severo con sus tropas, jovial con sus amigos, hombre de mundo,

* El jeneral San Martin es enemigo de recibir homenaje público. Siempre ha hecho de noche sus entradas en Buenos-Aires, Mendoza, Chile, Lima, en donde quiera que habia de recojer el tributo de las demostraciones de alegría i de gratitud de los pueblos. Es mui cierto lo que dice la *Minerva francesa*, cuando habla de la entrada nocturna de aquel guerrero en Buenos-Aires, despues de la batalla de Maipo : « El jeneral San Martin, este gran « ciudadano, recuerda por sus virtudes sencillas i su caracter mo- « desto algunos de aquellos héroes de Plutarco, que amamos i ad- « miramos á un tiempo mismo. Él acababa de arrostrar todos los « peligros que amenazaban á su patria ; i al atravesar su territo- « rio, evitaba con la timidez de un niño los honores públicos, que « se habian preparado para su recibimiento. »

i sin embargo mui sensible á los tiros de la maledicencia. Hasta la calumnia i la odiosidad, que siempre se ceban en el mérito sobresaliente, i que tanto se han esforzado en denigrarle, se han visto obligadas á respetarle acerca de su integridad, i a confesar que jamas se acercó al corazon de SAN MARTIN un sentimiento interesado : era aquella demasiado notoria, i demasiado relevantes las pruebas que siempre dió de su desprendimiento, para que nadie se atreviese á tildarle à este respecto *.

A poco tiempo de su llegada à Buenos-Aires, casó

* Cuando SAN MARTIN estaba de intendente de Cuyo, no satisfecho con incitar á su esposa á que vendiese sus aderezos de diamantes i varias joyas para socorrer las necesidades del estado, cedió la mitad de su sueldo con el mismo objeto; i se negó á admitir el aumento de aquel, que quiso hacer la municipalidad, instruida de su jeneroso sacrificio. Despues de la victoria de Chacabuco, le presentó el cabildo de Santiago diez mil pesos, que, lejos de aceptar, destinó SAN MARTIN para que se pusiesen con aquel fondo las bases de la Biblioteca Nacional. Poco antes de la salida de la espedicion para el Perú, i para subvenir á los gastos de ella, vendió en Chile, en la cantidad de veinte mil pesos, una hacienda que aquel gobierno le habia donado, i valia mas de cuarenta mil. En Lima, cedió su soberbia libreria para que se comenzára á formar la nacional; i cuando los vireyes del Perú habian gozado siempre sesenta mil pesos anuales, él no permitió que se le asignáran mas de diez i ocho mil no obstante ser insuficientes para los gastos de un primer majistrado, en un pais tan caro como Lima.

San Martin con Dª. Remedios Escalada de la Quintana, hija de una de las familias mas distinguidas del pais, joven, hermosa, de excelente educacion, de modales mui finas, i dotada de las mas bellas qualidades. Una hija tan solo han tenido por fruto de su union; i á esta vá á dedicar San Martin el resto de su vida, despues de haber consagrado la mas preciosa parte de ella á la libertad i la felicidad de América.

RICARDO GUAL I JAEN.

EL

JENERAL SAN MARTIN EN 1843.

Paris, 14 de setiembre de 1843.

El primero de Setiembre, á eso de las 11 de la mañana, estaba yo en casa de mi amigo el señor D. M. J. de Guerrico, con quien debiamos asistir al entierro de una hija del señor Ochoa (poeta español) en el cementerio de Montmartre. Yo me ocupaba, en tanto que esperábamos la hora de la partida, de la lectura de una traduccion de Lamartine, cuando Guerrico se levantó esclamando — ¡ El jeneral SAN MARTIN ! Me paré lleno de agradable sorpresa á ver la gran celebridad Americana, que tanto ansiaba conocer. Mis ojos clavados en la puerta por donde debía entrar, esperaban con impaciencia el momento de su aparicion. — Entró por fin, con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre comun. ¡ Que diferente le hallé del tipo que yo me habia formado, oyendo las descripciones

hiperbólicas que me habian hecho de él sus admiradores en América! Por éjemplo. Yo le esperaba mas alto; y no es sino un poco mas alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creia un *Indio*, como tantas veces me lo habian pintado; y no es mas que un hombre de color moreno de los temperamentos viliosos. Yo le suponía grueso, y sin embargo de que lo está mas que cuando hacia la guerra en América, me ha parecido mas bien delgado; yo creia que su aspecto y porte debian tener algo de grave y solemne; pero le hallé vivo y facil en sus ademanes, y su mancha, anuque grave, desnuda de todo viso de afectacion. Me llamó la atencion su metal de voz notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectacion, con toda la llanura de un hombre comun. Al ver el modo como se considera él mismo, se diria que este hombre no habia hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así. Yo habia oido que su salud padecia mucho, pero quedé sorprendido al verle mas joven y mas agil, que todos cuantos jenerales he conocido de la guerra de nuestra independencia, sin escluir al jeneral Alvear, él mas joven de todos. El jeneral San Martin padece en su salud cuando está en inaccion, y se cura con solo ponerse en movmiento. De aqui

puede inferirse, la fiebre de accion de que este hombre extraordinario debió estar poseido en los años de su tempestuosa juventud. Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos, blancos hoy casi totalmente; no usa patilla ni vigote á pesar de que hoy lós llevan por moda hasta los mas pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete sin embargo una inteligencia clara y despejada; un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hacia el medio de la frente, cada vez que se abren sus ojos llenos aun del fuego de la juventud. La nariz es larga y aguileña; la boca pequeña y ricamente dentada, es graciosa cuando sonrie; la barba es aguda.

Estaba vestido con sencillez y propiedad, corbata negra atada con negligencia, chaleco de seda negro, levita del mismo color, pantalon mezcla celeste, zapatos grandes. Cuando se paró para despedirse, acepté y cerré con mis dos manos la derecha del gran hombre que habia hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú. En ese momento se despedia para uno de los viajes que hace en el interior de la Francia en la estacion del Verano.

No obstante su larga residencia en España, su

asento es el mismo de nuestros hombres de América, coetaneos suyos. En su casa habla alternativamente el español y frances, y muchas veces mezcla palabras de los dos idiomas, lo que le hace decir con mucha gracia, que llegara un dia en que se verá privado de uno y otro, ó tendrá que hablar un *patois* de su propia invencion. Rara vez ó nunca habla de politica.—Jamas trae á la conversacion, con personas indiferentes, sus campañas de Sud América; sin embargo en jeneral le gusta hablar de empresas militares.

Yo habia sido invitado por su excelente hijo político el señor D.ⁿ Mariano Balcarce, á pasar un dia en su casa de campo en Grand Bourg, como seis leguas y media de Paris. Este paséo debia ser para mi tanto mas ameno cuanto que debia hacerlo por el camino de hierro en que nunca habia andado. A las once del dia señalado, nos trasladamos con mi amigo el señor Guerrico al establecimiento de Carruajes de vapor de la linca de *Orleans* detras del *Jardin de Plantas*. El *convoi* que debia partir pocos momentos despues, se componía de 25 ó 30 carruajes de tres categorias. Acomodadas las 800 á 1000 personas que hacian el viaje, se oyó un silvido que era la señal preventiva del momento de partir. Un

silencio profundo le succedío, y el formidable *convoi* se puso en movimiento apénas se hizo oir ol eco de la campana que es la señal de partida. En los primeros instantes, la velocidad no es mayor que la de los carros ordinarios, pero la extraordinaria rapidez que ha dado á este sistema de locomocion la celebridad de que goza, no tarda en aparacer. El movimiento entonces es insensible, á tal punto, que uno puede conducirce en el coche como si se hallase en su propia habitacion. Los árboles y edificios que se encuentran en el borde del camino, parecen pasar pordelante de la ventanas del carruaje con la prontitud del relámpago, formando un soplo parecido al de la bala. A eso de la una de la tarde se detubo el *convoi* en *Ris;* de alli á la casa del jeneral San Martin hay una media hora, que anduvimos en un carruaje enviado en busca nuestra por el Señor Balcarce. La casa de jeneral San Martin, está circundada de calles esteriles y tristes que forman los muros de las heredades vecinas. Se compone de un area de terreno igual, con poca diferencia á una cuadra cuadrada nuestra. El edificio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes blanqueadas con esmero, contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo, de forma irregular. Una hermosa

acácia blanca dá su sombra al alegre patio de la habitacion. El terreno que forma el resto de la posecion, está cultivado con esmero y gusto esquisito: no hay un punto en que no se alze una planta estimable ó un árbol frutal. Dálias de mil colores, con una profucion extraordinaria, llenan de alegria aquel recinto delicioso. Todo en el interior de la casa, respira órden, conveniencia, y buen tono. La digna hija del jeneral San Martin, la señora Belearce, cuya fisonomía recuerda con mucha vivacidad la del padre, es la que ha sabido dar á la distribucion doméstica, de aquella casa, el buen tono que distingue su esmerada educacion. El jeneral ocupa las habitaciones altas que miran al norte. He visitado su gabinete lleno de la sencillez y método de un filósofo. Alli, en un ángulo de la habitacion descansaba impacible, colgada al muro, la gloriosa espada que cambió un dia la faz de la América occidental. Tube el placer de tocarla y verla á mi gusto: es eccesivamente curva, algo corta, el puño sin guarnicion; en una palabra, de la forma denominada vulgarmente *moruna*. Está admirablemente conservada: sus grandes virólas son amarillas, labradas, y la vaina que la sostiene es de un cuero negro graneado semejante al del Javalí. La hoja es blanca enteramente, sin pavon ni ornamento alguno.

A su lado estaban tambien las pistolas grandes, inglesas, con que nuestro guerrero hizo la campaña del pacifico.

Vista la espada, se venia naturalmente el deseo de conocer el trofeo con ella conquistado. Tube, pues, el gusto de examinar muy despacio, el famoso estandarte de Pizarro, que el cabildo de Lima regaló al jeneral San Martin, en remuneracion de sus brillantes hechos *. Abierto completamente sobre el piso del salon, le ví en todas sus partes y dimenciones. Es como de nueve cuartas nuestras de largo; y su ancho como de 7 cuartas. El fleco de seda y oro ha desaparecido casi totalmente. Se puede decir que del estandarte primitivo se conservan apenas algunos fragmentos adheridos con esmero á un fondo de seda amarillo. El pedazo mas grande es el del centro, especie de chapon donde sin duda estaba el escudo de armas de España, y en que hoy no se vé sino un tejido azul confuso y sin idea ni pensamiento inteligible. Sobre el fondo amarillo ó caña del actual estandarte se ven diferentes letreros, hechos con tinta negra, en que se manifiestan las

* Entre los documentos que se registan al fin se leerá la copia del Oficio con que fué remitido este estandarte.

diferentes ocasiones en que ha sido sacado à las procesiones solemnes por los alferez reales que alli mismo se mencionan.

¿Quien sino el jeneral San Martin debia poseer este brillante gaje de una dominacion qué habia abatido con su espada? Se puede decir con verdad que el jeneral San Martin es el vencedor de Pizarro : ¿ á quien, pues, mejor que al vencedor, tocaba la bandera del vencido? La envolvío á su espada y se retiró á la vída obscura, dejando á su gran cólega de Colombía la gloria de concluír la obra que él habia casi llebado hasta su fin. Los documentos que ácontinuacion de esta carta se publican por primera vez en español, prueban de una manera evidente que el jeneral San Martin hubiera podido llebar al cabo la destruccíon del poder militar de los Españoles en América, y que aun lo solicitó tambien con un interes, y una modestia inaudíta en un hombre de su mérito. Pero sin duda esta obra era ya incumbencia de Bolivar; y este, demaciado zeloso de su gloria personal, no quiso cederla á nadíe. El jeneral San Martin como seve, pues, no dejó inacabado un trabajo que hubiera estado en su mano concluir.

Como parece estar decidido de un modo provi-

dencial que nuestros hombres célebres del *Rio de la Plata* hayan de señalarse por alguna originalidad ó aberracion de caracter, tambien nuestro Titan de los Andes ha debido tener la suya. Si pudieramos considerarlo hombre capaz de artificio y disimulo en las cosas que inportan á su gloria, seria cosa de decir que él habia abrazado intencionalmente esta singularidad : por que, en efecto, la ultima enseña que hay que agregar á un pecho sembrado de escudos de honor, capaz de deslumbrarlos á todos, es la modestia. He aquí la mania, por decirlo así, del jeneral San Martin ; y digo la mania, por que lleba esta calidad mas allá de la que conviene á un hombre de su mérito. Por otra parte, bueno es que de este modo vengan á hallarse compensadas las buenas y malas cosas en nuestra historia Americana. Mientras tenemos hombres que no estan contentos sino cuando se les ofuzca con el incienso del aplauso por lo bueno que no han hecho ; tenemos otros que verian arder los anales de su gloria individual sin tomarse el comedimento de apagar el fuego destructor.

No hay ejemplo (que nosotros sepamos) de que el jeneral San Martin haya facilitado datos ni notas para servir á redacciones que hubieran podído serle muy honrosos ; y dificílmente tendremos

hombre público que haya sido solicitado mas que él para darlas. La adjunta carta al jeneral BOLIVAR, que parecería formar una ecepcion de esta practica constante, fué cedida al señor Lafon, editor de ella, por el secretario d l libertador de Colombia. Seme ha dicho que cuando la aparicion de la memoria sobre el jeneral ARENALES publicada por su hijo; un hombre público de nuestro pais, escribio al jeneral SAN MARTIN, solicitando de él algunos datos y su consentimiento para refutar al coronel ARENALES, en algunos puntos en que no se apreciaba con la bastante latitud los hechos esclarecidos del libertador de Lima. El jeneral SAN MARTIN rehusó los datos y hasta el permiso de refutar á nadié en provecho de su celebridad.

El actual Rey de Francia, que es conocedor de la historia Americana, habiendo hecho reminicencia del jeneral SAN MARTIN, en presencia de un ajente público de América, con quien hablaba á la sazon, supo que se hallaba en Paris desde largo tiempo. Y como el Rey aceptase, la oferta que le fué hecha inmediatamente de presentar ante S. M. al jeneral americano, no tardó este en ser solicitado con el fin referido; pero el modesto jeneral, que nada tiene que hacer con los Reyes; y que no gusta de hacer

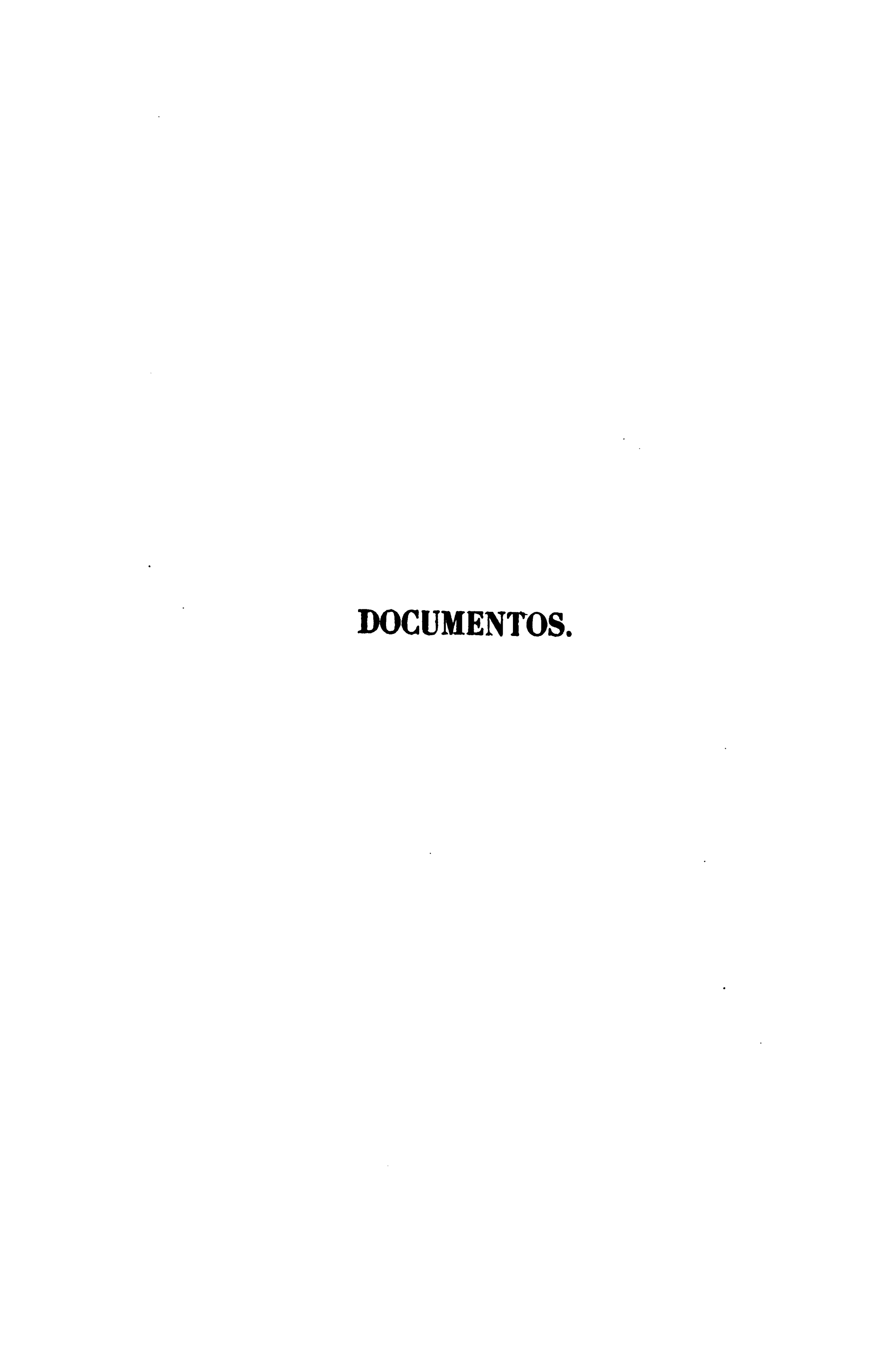
la corte, ni de que se la hagan á él; que no aspira ni ambiciona á distinciones humanas, pues que está en Europa, se puede decir, huyendo de los homenajes de catorce repúblicas, libres en gran parte por su espada, que si no tiene corona réjia, la lleba de frondosos laureles; en nada menos pensó que en aceptar el honor de ser recibido por S. M., y no seré yo el que diga que hubiese hecho mal en esto.

Antes que el señor Marques Aguado verificase en España el paseo que le acarreó su fin, hizo las mas vehementes instancias á su antiguo amigo el jeneral San Martin para que le acompañase al otro lado del Pirinéo. El jeneral se resistio observandole que su calidad de jeneral Argentino le estorbava entrar en un pais con el cual el suyo habia estado en guerra, sin que hasta hoy tratado alguno de paz hubiese puesto fin al entredicho que habia succedido á las hostilidades: y que en calidad de simple ciudadano le era absolutamente imposible aperecer en España, por vivos que fuesen los deseos que tenia de acompañarle. El señor Aguado no considerando invencible este obstaculo, hizo la tentativa de hacer venir de la corte de Madrid el allanamiento de la dificultad. Pero fué en vano, por que el gobierno Español, al paso que manifesto su absoluta deferen-

cia por la entrada del jeneral SAN MARTIN como hombre privado, se opuso á que lo verificase en su rango de jeneral Argentino. El libertador de Chile y el Perú, que se dejaria tener por hombre oscuro en todos los pueblos de la tierra, se guardó bien de presentarse ante sus viejos rivales, de otro modo quecon su casaca de *Maipo* y *Callao;* se abstuvo, pues, de acompañar á su antiguo camarada. El señor de Aguado marchó sin su amigo y fué la última vez que le vió en la vida. Nombrado testamentario y tutor de los hijos del rico banquero de París, ha tenido que dejar hasta cierto punto las habitudes de la vida inactiva que eran tan funestas á su salud. La confianza de la administracion de una de las mas notables fortunas de Francia, hecha á nuestro ilustre soldado, por un hombre que le conocia desde la juventud, hace tanto honor á las prendas de su caracter privado como sus hechos de armas ilustran su vida pública. El jeneral SAN MARTIN habla ámenudo de la América, en sus conversaciones intimas, con el mas animado placer: hombres, sucesos, ecsenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo sin embargo que alguna vez se resuelva á cambiar los placeres estériles del suelo estranjero, por los peligrosos é inquietos

goces de su borrascoso pais. Por otra parte, será posible que sus a Dioses de 1829, hayan de ser los últimos que deba dirijir á la América, el pais de su cuna y de sus grandes hazañas?

J. B. Alberdi.



DOCUMENTOS.

Exmo. Señor Libertador de Colombia Simon Bolivar. — Lima, 29 de Agosto de 1822. — Querido jeneral. — Djié á vutsed en mi última de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con él fin de separar de él al débil é inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitian escribir á V. con la extension que deseaba: ahora al verificarlo, no solo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exijen los grandes intereses de América.

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometia para la pronta terminacion de la guerra; desgraciadamante yo estoy firmemente convencido, ó que V. no ha creido sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que V. me expuso de que su delicadeza no le permitiria jamas el mandarme, y aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba V. seguro que el congreso de Colombia no consentiria su separacion de la República, permitame

V., jeneral, le diga, no me han parecido bien plausibles: la primera se refuta por sí misma, y la segunda estoy muy persuadido que la menor insinuacíon de V. al Congreso, seria acogida con unánime aprobacíon, con tanto mas motivo, cuando se trata con la cooperacíon de V., y la del ejercito de su mando, finalizar en la presente campaña, la lucha en que nos hallamos empeñados; y el alto honor que tanto V. como la República que preside, reportarían en su terminacíon.

No se haga V. ilusion, jeneral; las noticías que V. tiene de las fuerzas realistas son equivocadas, ellas montan en el alto y bajo Perú á mas de 19,000 veteranos, las que se pueden reunir en el termino de dos meses. El ejercito patriota decimado por las enfermedades, no podrá poner en linea á lo mas 8,500 hombres, y de estos una gran parte reclutas: la divisíon del jeneral Santa Cruz (cuyas bajas segun me escríbe este jeneral, no han sido reemplazadas á pezar de sus reclamacíones) en su dilatada marcha por tierra debe experímentar una pérdida considerable, y nada podría emprender en la presente campaña: la sola de 1,400 Colombianos que V. envia, será necesaría para mantener la guarnicíon del Callao, y el orden en Lima; por consiguiente sin

el apoyo del ejercito de su mando, la expedicion que se prepara para intermedios no podrá conseguir las grandes ventájas que debian esperarse, sino se llama la atencion del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes, y por consiguiente la lucha continuará por un tiempo indefinido; digo indefinido, por que estoy intimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero tambien lo estoy, de que su prolongacion causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitar la continuacion de tamaños males. Enfin, jeneral, mi partido está irrevocablemente tomado; para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al siguiente dia de su instalacion me embarcare para Chile, convencido de que solo mi presencia *es el solo obstáculo* que le impide á V. venir al Perú con el ejercito de su mando: para mi hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las ordenes de un jeneral á quien la América del Sud debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

No dudando que despues de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa

cooperacíon de Colombia, y que V. no podrá negarse á tan justa peticíon, antes de partir remitire á V. una nota de todos los gefes cuya conducta mílitar y prívada, puede ser á V. de utilidad su conocimíento.

El jeneral ARENALES quedará encargado del mando de las fuerzas Argentinas; su honradez, coraje y conocimíentos, estoy seguro lo harán acredor á que V. le dispense toda consideracíon.

Nada dire á V. sobre la reunion de Guayaquil á la república de Colombia : permitame V., jeneral, le díga que creo no era á nosotros á quíen pertenecía decidir este importante asunto : concluida la guerra los gobiernos respectivos lo hubieran tranzado, sin los inconvenientes que en el dia pueden resultar á los intereses de los nuevos estados de Sud America.

He hablado á V. con fragueza, jeneral, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el mas profundo silencío; si se trasluciere, los enemigos de nuestra libertad podrian prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes, y ambiciosos, para soplar la discordia.

Con el comandante Delgado dador de esta, remito á V. una escopeta, un par de pistolas, y el caballo de paso que ofrecí á V. en Guayaquil : admita V.,

jeneral; esta memoria del primero de sus admiradores; con estos sentimientos, y con los de desearle unicamente sea V. quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectisimo servidor.—Jose de San Martin.

BOLIVAR *.

Solo tres dias he tratado á este jeneral en la entrevista que tuve con él en Guayaquil, por consiguiente en tan poco periodo es imposible, ó á lo menos muy dificil formar una idea exacta é imparcial del carácter de un hombre, con tanto mas motivo, cuanto su presencia no predisponía á primera vista en su favor : sin embargo, expondre mis observaciones, las que unidas á las que me dieron algunas personas imparciales que lo habian tradado con intimidad, puede suministrar datos para formar juicio de un jeneral que ha rendido servicios eminentes

---

* Estos juicios, como la carta que antecede, han sido publicados por el Señor Lafon en su obra *Viages al rededor del mundo*.

á la independencia de Sud América y que puede asegurarse es el primer hombre que ha producido la revolucion.

Los signos mas característicos del jeneral Bolivar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente á la persona que hablaba, á menos que no fuera muy inferior. Su falta de franqueza me fué demostrada en las conferencias que tuve con él en Guayaquil, en las que jamas contestó á mis propuestas de un modo positivo, y siempre en terminos evasivos. El tono que empleaba con sus jenerales era extremadamente altanero, y poco dígno de conciliarse su afeccion. Noté, y él mismo me lo díjo, que su principal confianza la depositaba en los gefes Ingleses que tenia en su ejercito; por otra parte sus maneras eran distinguidas, y demostraba haber recíbido una buena educacíon: y aunque su lenguage fuese algunas veces algo grocero, me parecío no le era natural el tenerlo, sino que lo empleaba para darse un aire mas militar.

La opinion pública le acusaba de una ambicíon desmedida de mando, y su conducta confirmó esta opinion. La misma lo caracterisaba de un gran desinteres, y en mi consepto con justicia; lo que com-

prueba esta verdad es el haber muerto en la indigencia. Bolivar era muy popular con el soldado á quien permitia mas licencia que las que prescríben las leyes militares; por el contrarío lo era muy poco con los gefes y oficiales, á los que trataba del modo mas humillante. En cuanto á los hechos militares de este jeneral, puede asegurarse ser el hombre mas eminente que ha producido la América del Sud; pero lo que mas caracterizaba el alma grande de este hombre extraordinarío, fué una constancia á toda prueba en los diferentes contrastes que sufrío en tan dilatada y penosa guerra por el espacío de trece años de trabajos. En conclusíon, puede asegurarse que una gran parte de la América del Sud debe á los esfuerzos del jeneral Bolivar su actual independencía.

SUCRE.

No he conocido personalmente á este jeneral, pero he seguido con él una correspondencia muy activa, cuando puse á sus ordenes una divisíon del ejerecito del Perú, para invadir á Quito. Esta campaña la dirijío el jeneral Sucre hasta su feliz conclusíon con

la batalla de Pichincha, de un modo tal, que estoy seguro hubiera merecido la aprobacion de los jenerales franceces mas acreditados. La batalla de Ayacucho en la que mandaba en gefe, fué el triunfo mas brillante de la guerra de la independencia de Sud América, y la que concluyó con la dominacion española en este continente. Bravo y activo en alto grado, reunia á estas virtudes una prudencia consumada, excelente administrador, como lo comprueba el orden y economía que estableció en las provincias en que mandó; las tropas bajo su mando observaban una disciplina severa, lo que contribuia no solo á hacerlo amar de los pueblos, sino tambien á disminuir los males indispensables de la guerra. El jeneral Sucre no solo reunia mucha instruccion, sino tambien conocimisntos militares mas extensos que el general Bolivar; si á esto se agrega una grande moderacion, puede asegurarse que fué uno de los hombres mas beneméritos que produjo la república de Colombia. Este jeneral fue asesinado en el camino de Quito á Santa Fé; aun se ignoran quienes fueron los autores de este horrible atentado.

O' HIGGINS.

El jeneral O' Higgins fué uno de los primeros campeones de la libertad de la República de Chile; sus campañas en este pais le hacen el mayor honor, sobretodo la desesperada defenza de Rancágua ha inmortalizado su nombre. Fué nombrado presidente de este Estado en 1817, cuyo puesto conservó hasta 1823 en que se vío obligido á renunciar el mando, consecuente á una insurrecion militar encabezada por el jeneral Freyre; desde esta epoca se retiró al Perú, á una hacienda de campo que el gobierno le habia regalado, en donde ha vivido retirado enteramente de la vida pública. El jeneral O' Higgins es uno de los hombres mas recomendables que ha producido Chile; su honradez, valor, integridad, y patríotismo, le han dado una reputacíon considerable, la que siempre conserva en su pais natal á pesar de tan dilatada separacíon.

LA MAR...

El jeneral LA MAR servía en el ejército real en la clase de mariscal de campo. Cuando el ejército patriota formó el bloqueo de las fronteras de Callao, este jeneral mandaba en él como gobernador; su defensa le hizo mucho honor, pues habia perdido mas de una tercera parte de la guarnicíon, y el resto se hallaba, cuando capítuló, en un estado el mas deplorable por falta de subsistencias. Esta conducta fué apreciada por el jeneral SAN MARTIN, quien lo admitió en su misma clase de jeneral en el ejército patriota, correspondíendo á esta confianza, con la conducta militar, y política, la mas honorable, LA MAR reunia á un valor sereno una educacíon distinguida, mucha instruccíon, y estrema amabilidad, circunstancias que le hacian amar de todos los que lo trataban con alguna intimidad. Fué nombrado en dos ocasíones presidente del Perú, y murío hace pocos años en Guayaquil, dejando una memoria respetable por sus virtudes.

Lima Abril 3 de 1822 » 3°. — Exmo. Señor. — Con la mayor complacencia tengo el honor de dirijir à V. E. la Acta celebrada por esta Ilustrisima Municipalidad, acompañada del Estandarte Real, que no se enarbalará jamas en el Perú. Conservelo V. E., y con él, la gratitud de la Municipalidad que se gloría en ver á los individuos, á quienes representa, libres del yugo Español, bajo la proteccion de V. E. — Ofresco á V. E. los sentimientos de mi mas alta consideracion y aprecio. — Exmo Señor. — *Felipe Antonio Alvarado.* — *Exmo Sor. D. José de San Martin, Protector de la Libertad del Perú.*

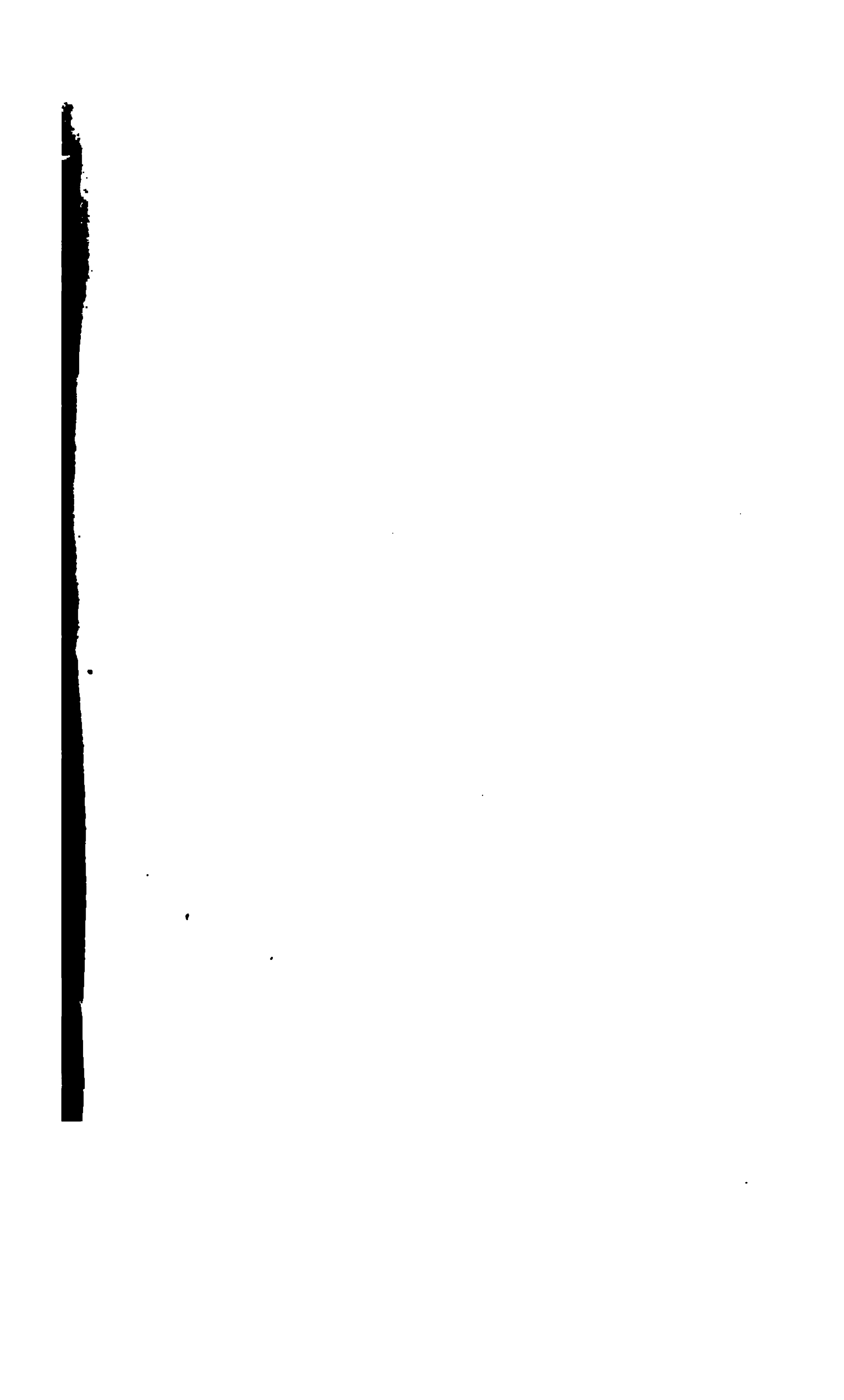


DOCUMENTOS.



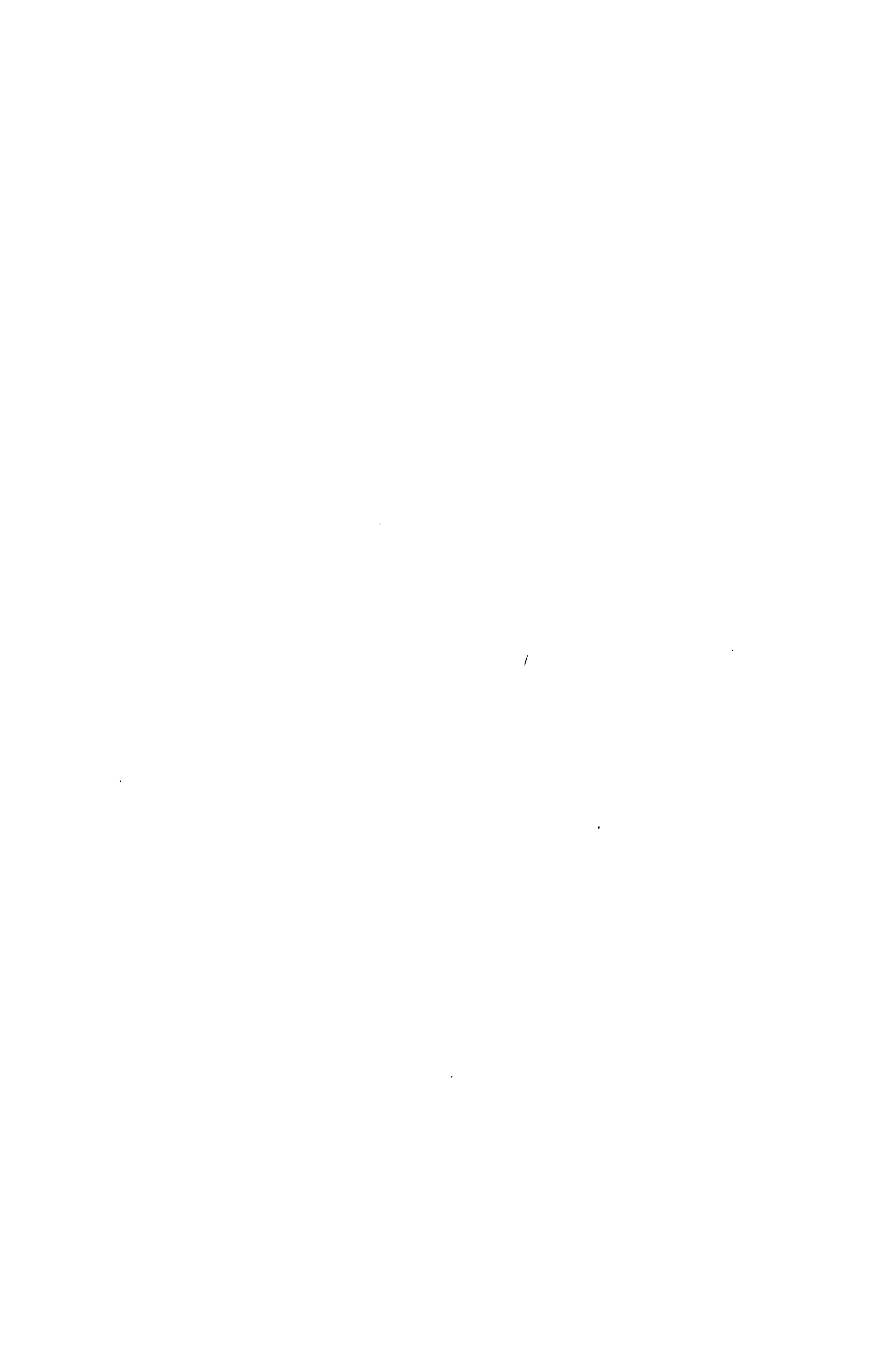














































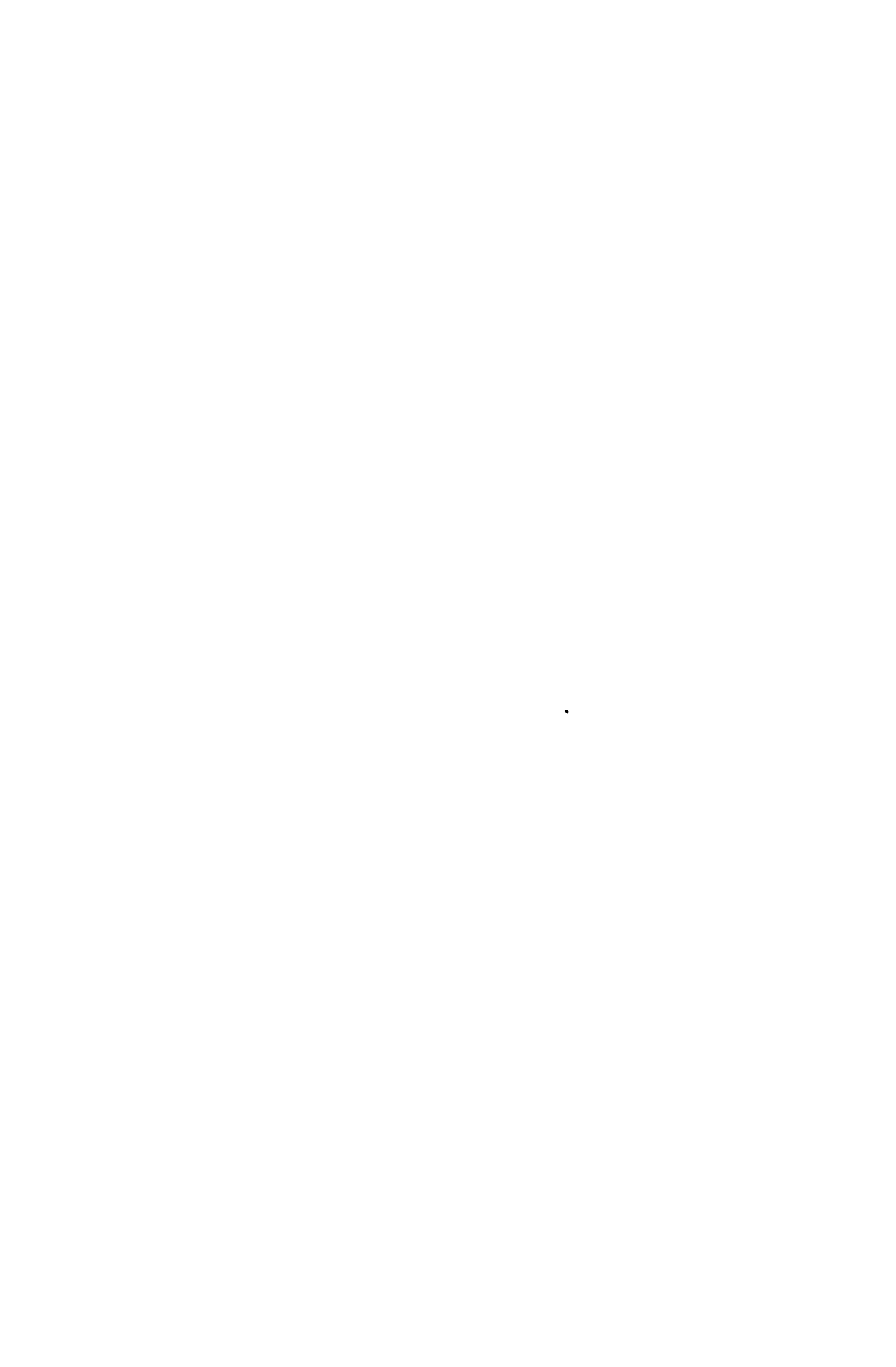














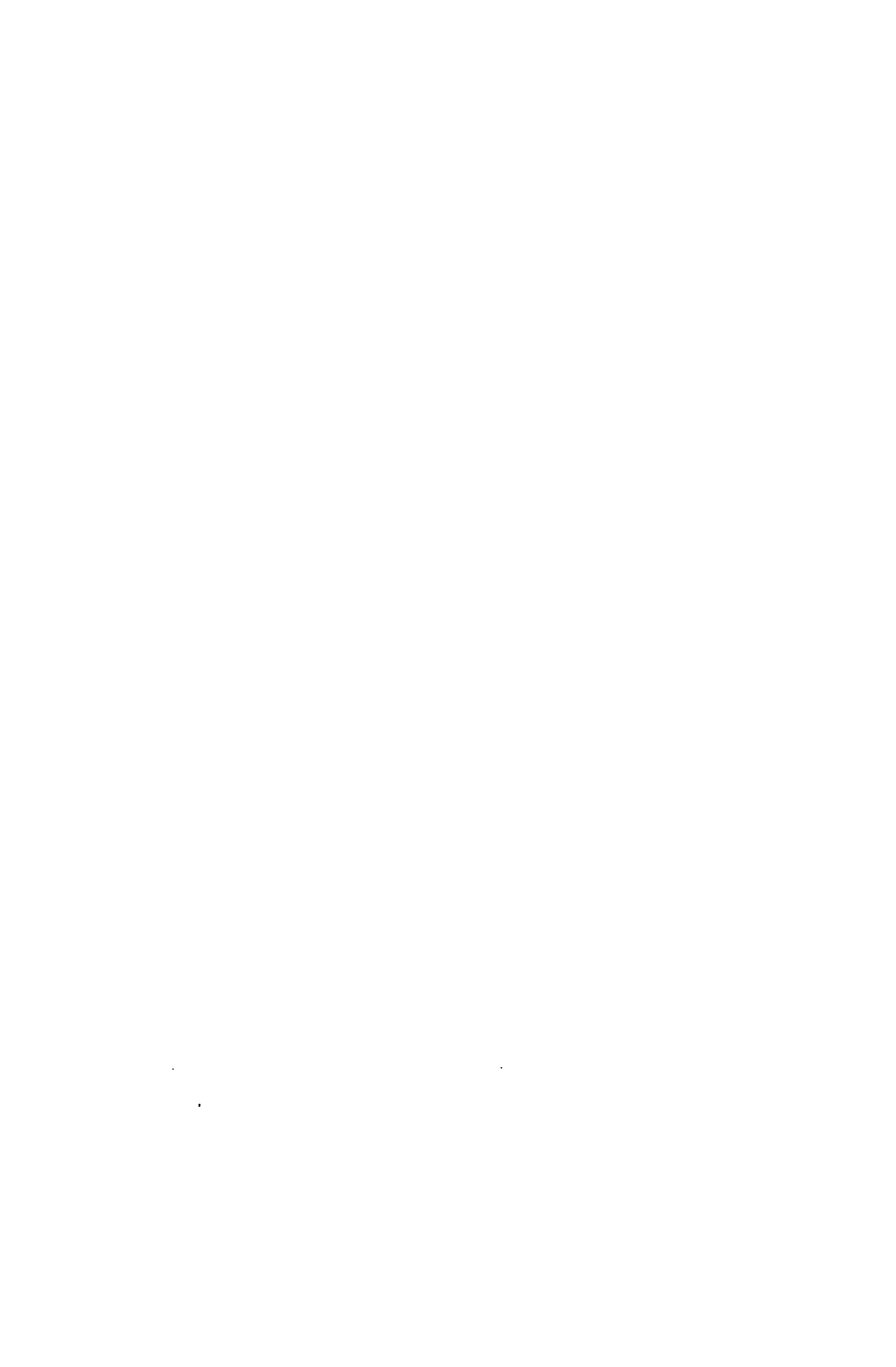


























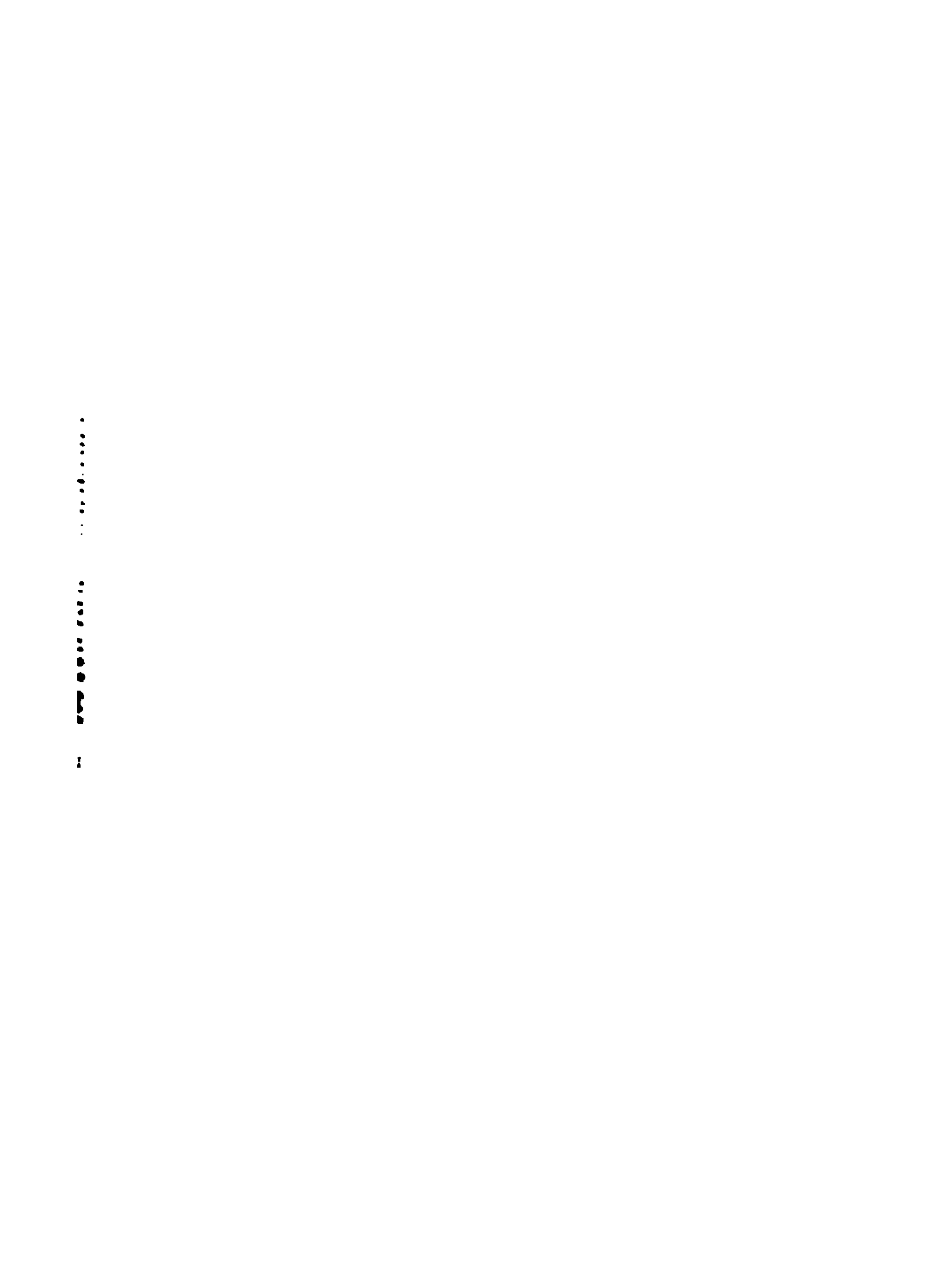


















































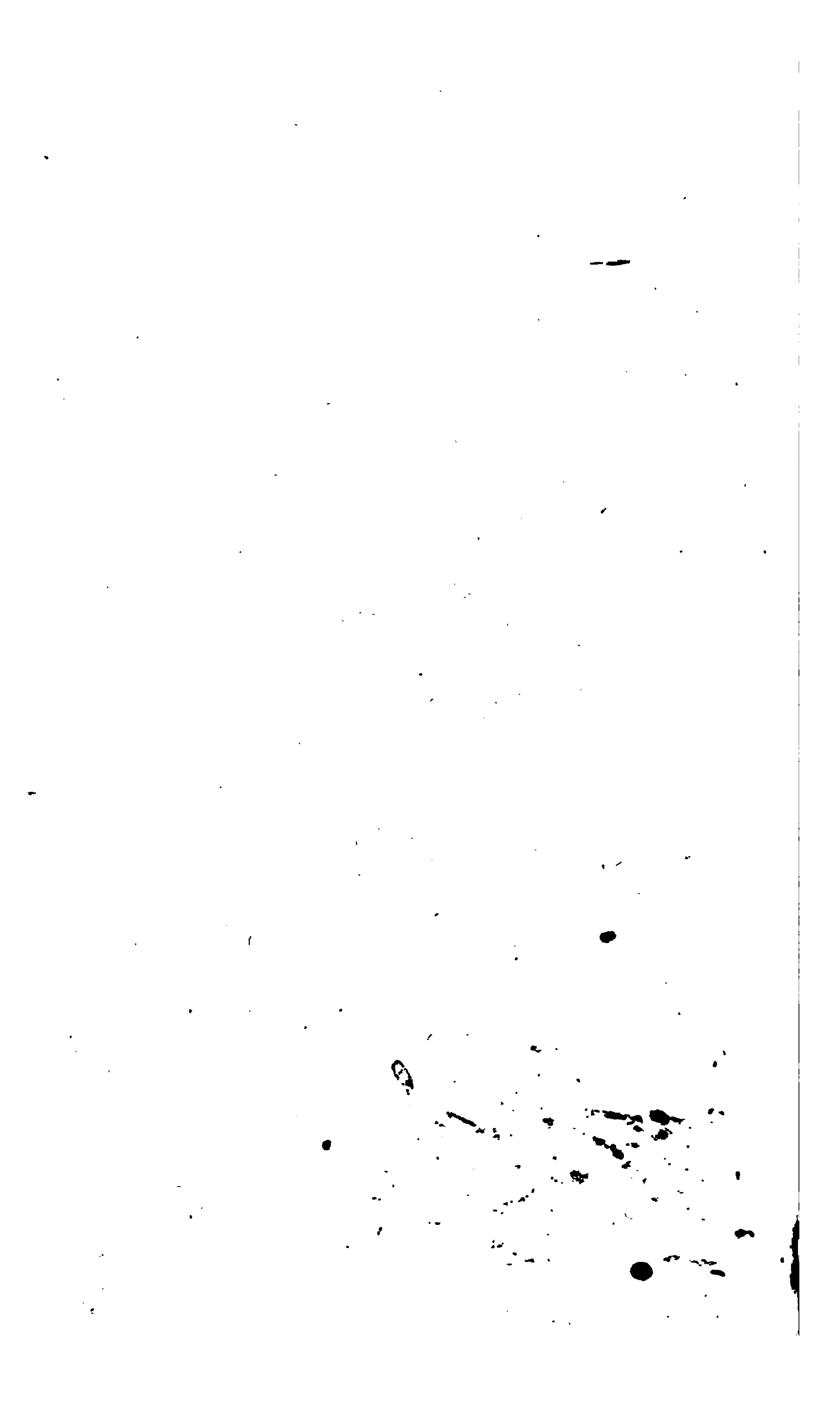








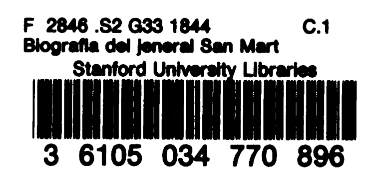












DATE DUE			

